Elecciones en Galicia y Euskadi: gana la resignación

Rafael Simancas
Diputado socialista.
Secretario de Formación
del PSOE

El sentimiento predominante durante la jornada del 21 de octubre fue probablemente de resignación. Ante la falta de opciones interesantes, muchos se resignaron a quedarse en casa, elevando las cifras de la abstención respecto a anteriores comicios. Otros votaron a los de siempre sabiendo que esto no va bien, pero convencidos de que no hay alternativa. Algunos apostaron incluso por dar la espalda al sistema, votando nulo o apoyando a quienes ni tan siquiera tienen la vocación de gobernar para cambiar las cosas. Casi nadie tuvo razones para celebrar el resultado.

Las lecturas locales son inevitables. Galicia no se parece en nada a Euskadi, y ninguno de los dos territorios tiene parangón con el resto de España. Feijoo tuvo éxito en su empeño de separar su figura de la de Rajoy, lastrado por el coste de las medidas más impopulares que un Gobierno ha ejercido desde la Transición Democrática. Arriesgó hasta la descortesía de no acompañar al Presidente del Gobierno de España, de su propio partido, en multitud de actos electorales convocados para volver a hacerle Presidente de Galicia. Y sus votantes captaron el mensaje. Somos de la misma organización, pero no somos lo mismo.

En las elecciones gallegas, la derecha sostiene sus respaldos habituales, la izquierda de gobierno no acaba de convencer como alternativa, y ganan terreno las posiciones antisistema.

Pero al PP gallego le salió bien sobre todo la estrategia del miedo a la inestabilidad. O yo o el caos del cuatripartito, repetían los portavoces del PP por doquier. Si aquello del bipartito había sido problemático, qué pensar sobre la posibilidad de una alternativa sustentada por cuatro formaciones políticas diferentes y convulsas. El análisis debe incorporar también el liderazgo aún poco asentado del candidato socialista, y la habilidad sempiterna de Beiras para aglutinar el apoyo de los sectores más contestatarios de la sociedad.

El resultado está a la vista. La derecha sostiene sus respaldos habituales, la izquierda de gobierno no acaba de convencer como alternativa, y ganan terreno las posiciones más antisistema. No obstante, los análisis que glosan el gran triunfo del PP y el gran batacazo de los progresistas no se sustenta en la realidad. En realidad, las formaciones de izquierda han perdido un total de 172.000 votos respecto a las elecciones de 2009, pero el PP no solo no ha ganado, sino que ha perdido también más de 135.000 electores.

Euskadi es un microcosmos político, y las elecciones de octubre lo volvieron a reflejar. Bildu ha irrumpido como una apisonadora sobre el mapa institucional vigente. Era previsible. El anterior reparto de escaños solo podía explicarse a partir de la prohibición de los tribunales para la comparecencia electoral de los cómplices de ETA. Una vez superada la violencia, y con los batasunos en liza, las proporciones de los apoyos en las urnas vuelven a los cauces más habituales. El PNV rebaja algo su representación. El PSE fue primado en 2009 por las expectativas de paz, y ahora vuelve a las referencias de 2005 (18 escaños), por encima de los resultados de 1998 y 2001 (14 y 13 escaños respectivamente). El PP cae con fuerza, a pesar de su intento, poco creíble ya, por constituirse en el último valladar ante los abertzales irredentos.

Para los socialistas, la pérdida del Gobierno de Euskadi resulta tan dolorosa como esperada. Patxi López y los socialistas vascos han hecho un buen trabajo. No solo han sido decisivos para la consecución de la paz, para la recuperación de las libertades democráticas y para la consecución de la normalidad en la sociedad vasca. El País Vasco ha sido una de las comunidades autónomas que mejor ha soportado la crisis. Los datos de incremento del paro fueron un

50% inferiores a los sufridos en Galicia desde 2009, por ejemplo. Los ine-vitables ajustes en el gasto público han respetado en Euskadi las políticas de bienestar social. Sin embargo, estos éxitos evidentes no han sido razón suficiente para alterar las coordenadas electorales de una sociedad altamente ideologizada. Ojalá el PNV busque acuerdos plurales para cimentar la convivencia en paz, y no caiga en la tentación de forjar un polo patriótico para la confrontación.

Las elecciones son regionales, pero las consecuencias nacionales son inevitables. El PP saca pecho, pero se equivocará si interpreta los resultados del 21 de octubre más allá de la resignación de muchos de sus votantes. Errará si ignora el toque de atención de sus votantes en Euskadi, y errará si considera la mayoría en Galicia como un respaldo a su estrategia de la austeridad suicida y los recortes brutales en las políticas de bienestar social. Los gallegos no han refrendado con su voto los recortes más dolorosos de la historia democrática española. No son tan masoquistas. Simplemente han valorado que no hay más opción que esta. Que no hay alternativa a la estrategia de seguirle el juego a Merkel e inclinar la cerviz ante la dictadura cruel de los mercados financieros.

Hay que reconocerle al PP también cierto éxito en su campaña de movilización ante el espantajo soberanista de catalanes y vascos. El nacionalismo periférico y el centralismo añejo de la derecha española se alimentan mutuamente. Rajoy, Mas y ahora Urkullu son responsables de salvar situaciones coyunturales mediante la excitación de sentimientos difíciles de administrar. Provocar antiespañolismo o anticatalanismo es rentable a corto plazo para quienes buscan ocultar sus deficientes gestiones en la crisis, y hasta resulta relativamente fácil en este contexto de graves dificultades, cuando muchos ciudadanos están abiertos a señalar culpables. Ahora bien, estas heridas que ahora se abren y sangran en abundancia, serán difíciles de cerrar.

El Partido Socialista debe movilizar su organización y acertar en un discurso que conjugue la crítica con la formulación de alternativas creíbles ante la crisis.

El PSOE debe analizar los resultados desde el rigor, sin excusas paralizantes y sin angustias inútiles. Es evidente que estas dos plazas no eran las más propicias para grandes victorias socialistas. La hegemonía de la derecha en Galicia solo se ha roto históricamente con un PP debilitado y una oposición fortalecida y coherente. No era el caso, por circunstancias diversas. Y todos eran conscientes de la paradoja socialista en Euskadi. En la medida en que llegara la normalidad, se alejarían las posibilidades de gobernar, al menos a corto plazo. Allí donde las sociedades compartían tradicionalmente valores más progresistas, como Andalucía y Asturias, han arrojado resultados más interesantes para el PSOE hace poco tiempo.

Los análisis que glosan el gran triunfo del PP en Galicia y el batacazo de los progresistas no se sustenta: porque la izquierda han perdido votos, pero el PP ha perdido también más de 135.000 electores.

Los socialistas no pueden caer en la inacción resignada, pero tampoco en el volantazo irreflexivo, fruto de la angustia por obtener resultados positivos ya y a cualquier precio. El PSOE ha sido responsable de Gobierno en el estallido de la crisis económica más grave desde la vuelta de la democracia, y esta factura no se paga por completo en diez meses. Los ciclos en política son más duraderos.

El Partido Socialista debe consolidar su dirección, movilizar su organización y acertar en un discurso que conjugue la crítica con la definición de alternativas creíbles ante la crisis. Mientras los ciudadanos progresistas no comprueben que hay otro camino distinto al camino de sufrimiento por el que nos lleva la derecha en España y en Europa, difícilmente saldrán de la resignación y el enfado. Más discurso alternativo y más movilización social frente a los desmanes de la derecha en nuestro Estado de Bienestar.

Una cosa más. Los socialistas tienen que acertar también ante el desafío soberanista que nos viene. Ya en Cataluña, pronto en Euskadi con posiciones claras en defensa de la solidaridad y la cohesión, que formaron parte del consenso constitucional, y que aún hoy suscitan el respaldo muy mayoritario de la sociedad española en su conjunto. **TEMAS**